

CULTURA

INGO
BERNA
BLE

JAZMÍN BEIRAK

Ariel

Jazmín Beirak Ulanosky

Cultura ingobernable

De la cultura como escenario
de radicalización democrática
y de las políticas que lo fomentan

Ariel

Primera edición: octubre de 2022

© 2022, Jazmín Beirak Ulanosky
© 2022, María Serrano, por la consultoría narrativa

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3573-5
Depósito legal: B. 15.120-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Preámbulo:</i> Cultura no-toda	11
Un concepto escurridizo	13
Tres debates en torno a la cultura.	15
Cultura no-toda	26
1. Cultura hoy, futuro mañana	29
Una marea de cultura	30
Mediaciones y comuniones	36
El odio a la cultura.	47
2. Cultura ordinaria	55
La cultura no es una excepción	56
Cultura ordinaria, cultura plebeya, cultura comunitaria.	62
El cuarto pilar cultural.	72
3. Cultura ingobernable	83
Ni Estado, ni mercado	84
Lógicas frente a contenidos.	98
Abrazar lo ingobernable	109
4. Cultura como derecho	113
Pero ¿de qué derecho me hablas?.	115
Genealogía de un olvido	121
Un cambio de rumbo.	127
5. Políticas para la cultura	133
Políticas contra la cultura	134

Lógicas democráticas para la cultura	143
Una administración molecular	168
6. Horizontes de lo posible.	173
La cultura no lo puede todo	174
No son las rosas, son las semillas	178
Por un activismo cultural.	182
<i>Epílogo: Hasta aquí y por ahora</i>	<i>185</i>
<i>Notas</i>	<i>193</i>

Cultura hoy, futuro mañana¹

La cultura está en el centro de la resistencia hacia otro modelo de desarrollo y radicalización de la democracia.

IVANA BENTES

La cultura es, por su propia esencia, un territorio de comunidad. Las experiencias, las prácticas y los artefactos culturales tienen el efecto fundamental de conectarnos con los demás de formas diversas y variadas, en los planos simbólico, material, afectivo y corporal. Puede ponernos en la piel de otras personas a través de ficciones y relatos, y puede ponernos a hacer cosas con esas otras personas, cosas de carácter tan distinto como organizar una feria literaria o sincronizar nuestros cuerpos en una pista de baile. Todas esas vivencias culturales compartidas ensanchan nuestros márgenes de posibilidad de habitar y transformar el mundo colectivamente.

Los códigos —no siempre lingüísticos— con los que interpretamos y compartimos nuestras experiencias culturales nos permiten pensar de maneras no normativas, en términos distintos a los que, en la funcionalidad de nuestro día a día, damos por evidentes, permitiéndonos así ejercitar pequeños desplazamientos que, poco a poco, imprimen efectos transformadores en nuestra realidad. Todo ello hace

que la cultura, como veremos en las siguientes páginas, sea un territorio abierto a la posibilidad de construir espacios de politización allí donde la política no llega.

Las prácticas culturales, como veremos también, son la encarnación de ese desplazamiento; a través de él nos ofrecen la posibilidad de exteriorizar y dirimir los conflictos sociales y participar, así, de la organización de la realidad. A través de ellas podemos, también, ingeniar respuestas no prefijadas de antemano para los conflictos cotidianos.

En la apuesta declarada de este libro por reivindicar la cultura como una herramienta cotidiana de construcción de formas menos individualistas, rígidas, insolidarias y hostiles de habitar el mundo, late también la aspiración a extraerla del paradigma de lo únicamente sectorial para hacer de ella un marco transversal desde el que interpretar e intervenir en el mundo.

No obstante, para que ello ocurra, tanto la cultura como las políticas culturales tendrían que alcanzar una legitimidad y una relevancia social de las que hoy, lamentablemente, carecen. Abordar la problemática de esta falta de relevancia social es una de las tareas que debemos acometer con más urgencia.

UNA MAREA DE CULTURA

La cultura encierra enormes capacidades en la construcción de comunidad desde el mismo momento en que solo puede existir si existe comunidad y no existe comunidad sin cultura. En concreto, son enormes las potencias que ofrece en la producción de convivencia diversa y, por tanto, en la construcción de sociedades más igualitarias, sostenibles y amables, vertebradas por la empatía y la cooperación. En ese sentido se expresaba la antigua secretaria de Ciudadanía y Diversidad Cultural del Ministerio de Cultura de Brasil, Ivana Bentes,² cuando decía que la cultura está «en el centro de

la resistencia hacia otro modelo de desarrollo y radicalización de la democracia». Sin embargo, esa concepción no goza hoy, ni mucho menos, de un reconocimiento público generalizado y todo lo relativo a la cultura tiende a considerarse más bien un asunto de interés sectorial, y no tanto algo que opera en el nivel de los marcos con los que leemos e intervenimos el mundo. El proyecto urgente que tiene por delante la cultura, pues, es el del reconocimiento social y político de su lugar.

Si bien es un proyecto abrumador en su dificultad, no es ni mucho menos imposible. A lo largo del siglo xx y lo que llevamos del XXI, ya hemos visto a otros movimientos de radicalización democrática hacer ese recorrido sumatorio que deseamos para la cultura. Las propuestas ecologistas y feministas, en concreto, han pasado de ser percibidas como intereses privativos de sectores militantes a convertirse en interés social, en marcos indiscutibles de interpretación y transformación de nuestras vidas y nuestra convivencia.

Las reivindicaciones, análisis, propuestas transformadoras y perspectivas críticas de los movimientos ecologistas y feministas, con toda su necesaria e irreductible diversidad, constituyen hoy el centro de gravedad de los debates globales y, en muchos niveles, marcan la agenda de las políticas públicas contemporáneas. Se puede objetar que su presencia en esa agenda es, en no pocas ocasiones, una inclusión meramente formal y que aún falta mucho camino por recorrer para que las políticas públicas se comprometan de verdad en la implementación de actuaciones estructurales y ambiciosas. Pero el hecho es que, a nivel supranacional, internacional y nacional, la igualdad de género y la conciencia climática, mejor o peor entendidas, han adquirido tal relevancia en las prioridades políticas que a nadie extraña ya su presencia. Lo que extraña y se señala, cuando así ocurre, es su ausencia. Por eso no está de más recordar, en aras de la perspectiva, que hace apenas una década esta incorporación de las propuestas ecologistas y feministas a la agenda políti-

ca ni existía ni era siquiera una voluntad; sus voces y sus vindicaciones pertenecían exclusivamente al espectro de los movimientos sociales.

Si bien desde finales del siglo xx fueron estableciéndose ciertos acuerdos y protocolos en el marco de las políticas denominadas «verdes», lo cierto es que su aplicación nunca fue del todo efectiva. No ha sido hasta bien entrada la segunda década del siglo XXI cuando esta agenda ha comenzado realmente a condicionar con cierto peso las políticas nacionales, regionales y locales. Una situación similar ha atravesado las propuestas feministas. Si bien el movimiento feminista lleva luchando sin interrupción desde hace siglos —y si bien las diferencias entre los distintos países del mundo en cuanto a la incorporación de una perspectiva feminista en la acción pública son especialmente abismales—, fue a partir de, aproximadamente, 2017 cuando llegó a ocupar de forma indiscutible el centro de la agenda pública. Las movilizaciones masivas e internacionales por el derecho al aborto, la incansable denuncia de las distintas formas de violencia de género, movimientos como #MeToo o #YoSíTeCreo, la Marcha de las Mujeres contra Trump en Washington en enero del 2017, las huelgas feministas de 2018 y 2019 en más de setenta países y la reivindicación de los derechos de las personas trans, entre muchos otros hitos, han hecho que se llegue a hablar de una cuarta ola del feminismo. Después de una larga travesía de décadas por el desierto, y a pesar del simultáneo rebrote de posiciones reaccionarias, machistas, homófobas y ultraconservadoras que estamos viviendo en los últimos años, las conclusiones feministas son hoy consenso social.

Las perspectivas feministas y ecologistas constituyen hoy matrices con las que ordenar los principios y valores de nuestra vida común y proponer alternativas concretas a nuestras maneras de vivir. En ambos casos, se ha ido más allá de la atención a cuestiones específicas como la igualdad de derechos entre mujeres y hombres o la preservación del planeta,

para convertir su mirada en un filtro o marco desde el que leer la realidad y aportar soluciones para el conjunto de la sociedad. Así, poco a poco han ido iluminándose muy distintos ámbitos de nuestra vida susceptibles de su intervención, desde el reparto de los cuidados a nuestra cualidad de seres interdependientes, desde el derecho al tiempo, la vivienda y una renta básica, a la importancia de la salud mental, la alimentación saludable, la economía feminista, la planificación urbana o el desarrollo rural sostenible. Feminismo y ecologismo han dejado de entenderse como asunto de interés exclusivo de unos sectores sociales concretos y funcionan ya como herramientas para un nuevo orden social alternativo.

Ecología, feminismo y cultura, mismo combate

Con la cultura, que comparte con los movimientos ecologistas y feministas la enorme capacidad de construir sociedades más igualitarias, justas, sostenibles y amables, deberíamos, pues, ser capaces de hacer ese mismo movimiento de traslación de lo específico a lo transversal en la mente de la opinión pública, desde su carácter sectorial a su reconocimiento como marco con el cual transformar las formas en que nos relacionamos con el mundo y con los demás. La potencia operativa tanto de la práctica como de la experiencia cultural en la construcción de lazo social y de comunidad, en el favorecimiento de la cooperación, la sostenibilidad, la convivencia, la diversidad, la diferencia, la empatía, el disfrute y la buena vida hacen de ella, también, una herramienta clave en la construcción de un orden social alternativo.

Una de las grandes dificultades que enfrenta la cultura en este proyecto es que el hecho de que ni sus problemáticas concretas ni sus potencias se entiendan hoy como asuntos urgentes que afectan a la vida de todas las personas le ha privado tanto de una base activista que pueda convertir-

la y sostenerla como movimiento, como de la capacidad de hacer entender la amenaza social que supone su degradación.

Los asesinatos machistas, las irreversibles consecuencias del calentamiento global, la patente brecha salarial, o el agotamiento de los recursos naturales son sucesos dramáticos de extrema gravedad cuya mera constatación genera, actualmente, una importante atención social. Los movimientos feministas y ecologistas han sabido hacer uso de esa atención para introducir toda una serie de debates que concluyen en una insoslayable revisión del mundo: por ejemplo, las cuestiones de la violencia de género y la desigualdad laboral se han complejizado para pensar acerca de los distintos tipos de violencia machista; la preocupación por el aumento del CO₂ en la atmósfera y de los fenómenos climáticos extremos ha incorporado la conversación sobre la necesidad de una renta climática, la reducción del tiempo de trabajo o el consumo de proximidad. Es decir, la percepción de una verdadera amenaza social ha permitido abrir un espacio para construir propuestas más allá de la mera reacción.

Es evidente que la situación de la cultura no se percibe en términos igualmente amenazantes. Históricamente, el grueso de las movilizaciones lo ha protagonizado la preocupación por la situación de precariedad estructural del sector, y ya sabemos que esa preocupación no es algo que se haya extendido, precisamente, al resto de la sociedad. La defensa de la libertad de expresión ha generado en los últimos años algo más de movilización general, pero tampoco parece que haya llegado a despertar una preocupación excesiva,³ ni que haya terminado de servir para articular un espacio de acción estable y con agencia, es decir, con capacidad de intervención más allá de la expresión de indignación coyuntural. Ni siquiera la habitual injerencia política en el diseño de las programaciones públicas, la consiguiente autocensura, el favorecimiento de los contenidos poco conflictivos, o su adaptación al mercado, genera ninguna

indignación más allá del ámbito del propio sector cultural. La cultura no comporta drama, ni su reivindicación se constituye por oposición a un agravio. No existe antagonismo. El ámbito de la cultura tiene que ver más con la enunciación en positivo, con la proposición, que con la vindicación o la resistencia, y eso hace que pueda parecer que no es una causa suficiente por la que pelear.

Como derivada de todo lo anterior, la casuística de la cultura tampoco cuenta, como sí ocurre en el caso del ecologismo y el feminismo, con un compromiso activista de cientos de miles de organizaciones, asociaciones, intelectuales y artistas por todo el mundo que desde hace décadas trabajen por sensibilizar a la sociedad y proponer alternativas. En el caso de la cultura, lo que existe en cada territorio son mapas más o menos densos y estructurados de organizaciones profesionales cuyas reivindicaciones tampoco suelen exceder el interés corporativo. Si bien es cierto que, como veremos luego, tanto desde la gestión cultural como desde el ámbito académico se está consolidando crecientemente un discurso sólido en torno a la defensa de la cultura y los derechos culturales como articulador de la vida común, aún nos falta tiempo para que este llegue a tener un impacto relevante.

En esta situación, ¿por dónde empezamos los trabajos para convertir la perspectiva cultural en un marco transversal con el que intervenir en la realidad? En los capítulos que siguen plantearé lo que, a mi juicio, constituyen los tres frentes principales de acción. En primer lugar, es necesario acabar con el ensimismamiento de la cultura, desterrar la noción generalizada de que la cultura es algo extraordinario, especial y trascendental, y empezar a entenderla como un elemento cotidiano y habitual. En segundo lugar, debemos superar la clásica alianza tendida entre cultura y economía para ponerla en relación con los movimientos transformadores. Es hora de dejar atrás el matrimonio que, como veremos más adelante, selló hace cuarenta años el entonces ministro de Cultura francés Jack Lang al pronunciar la frase

«Economía y cultura, mismo combate»⁴ para situar a la cultura en el mismo frente en el que se batían la ecología y el feminismo. Y, por último, es necesario cambiar el paradigma de las políticas culturales para que puedan contribuir de verdad a que la cultura se multiplique y prolifere en toda su riqueza y diversidad.

Muchas de las claves de las políticas necesarias para afrontar el siglo XXI llevan, ineludiblemente, a entender la cultura «como puerta de entrada de los derechos sociales» y «como estructurante de cambios decisivos que ya están en curso», citando de nuevo palabras de Ivana Bentes. Por ello debemos comprometernos con urgencia en acometer estos cambios necesarios que permitan a la cultura desplegar todo el potencial de su contribución —a la altura, como venimos insistiendo, de los feminismos y ecologismos— para abordar los retos que tenemos por delante. Y esta contribución de la cultura encierra unos elementos específicos que hacen que su aportación en el fomento de una versión mejor de nuestras sociedades sea algo singular e insustituible.

MEDIACIONES Y COMUNIONES

Nuestras vivencias culturales, la experiencia artística, el disfrute estético o la expresión creativa ensanchan nuestros márgenes de transformación del mundo, nos permiten realizar pequeños desplazamientos que tienen la posibilidad de convertirlo, poco a poco, en un lugar mejor. Para relacionarnos con el mundo necesitamos operar con alguna forma de mediación y, de hecho, no podemos acceder a la realidad si no es conjurándola a través de distintos tipos de experiencias simbólicas. La existencia del lenguaje humano —una herramienta de comunicación simbólica enormemente compleja— es el ejemplo más evidente de ello. En esta relación mediada con el mundo y con los demás, las ficciones, la fantasía, los relatos, la imaginación y lo sensible son herramientas que nos posibi-

litan habitar de maneras singulares e insustituibles. Buena parte de nuestro conocimiento lo construimos y almacenamos a través de metáforas, analogías y desplazamientos de sentido.

Cada disciplina artística activa diferentes dimensiones de nuestra experiencia de habitar el mundo, como el cuerpo, lo sensible, lo conceptual, la comunicación no verbal o lo relacional. Los lenguajes del arte y la cultura introducen en nuestra comunicación la ambivalencia, la polisemia, la ambigüedad y nos permiten acceder simultáneamente a diferentes puntos de vista. Nos abren la posibilidad de relacionarnos con las cosas mediante equívocos, paradojas, contradicciones y sentidos desdoblados, y esto resulta imprescindible para dar cuenta de una realidad compleja y llena de matices que habitualmente queda fuera del uso descriptivo, lógico o más racional del lenguaje.

Por otra parte, también se ha señalado en ocasiones que la cultura puede emplearse para todo lo contrario, el aplanamiento de esa realidad compleja. En ese sentido, se la ha contrapuesto a veces a la política como si la cultura tuviera efectos consensuales y de homogeneización que vienen a neutralizar los conflictos sociales que se expresan a través de la esfera de lo político.⁵ Como veremos a continuación, cultura y política no solo no pertenecen a esferas contrarias, sino que la cultura tiene la posibilidad de abrir nuevas instancias de politización que normalmente se le escapan al ámbito de lo estrictamente político.

Mediaciones

Como explica el antropólogo Arjun Appadurai, la imaginación —entendida ya no como potestad de alguna clase de genio individual ni un acto de escapismo, sino como un hecho social, colectivo y popular— es una de las potencias positivas que hoy pueden estimular una política emancipatoria

sólida. Si el capitalismo contemporáneo, plantea Appadurai, utiliza la imaginación como medio y como lugar fundamental de disciplinamiento de la ciudadanía contemporánea —si su control se ejerce a través de imaginarios pero también en la propia imaginación de las personas—, es también precisamente la imaginación la facultad por la que emergen nuevos patrones colectivos de disenso, de desafección y cuestionamiento de los patrones impuestos a la vida cotidiana y posibles nuevos diseños para la vida colectiva.⁶

Los lenguajes artísticos nos permiten pensar de maneras no normativas, más allá de lo que, en la funcionalidad de nuestro día a día, damos por evidente. A través de lenguajes como el musical, los de las artes visuales, el de la ficción o los que implican el cuerpo ponemos en acción conflictos cotidianos para los que podemos imaginar respuestas no prefijadas de antemano, porque el arte lubrica el pensamiento y le da plasticidad. Esto es lo que en ocasiones se ha llamado «pensamiento lateral» o «divergente», maneras heterodoxas y creativas de relacionar las cosas que nos permiten establecer asociaciones entre hechos aparentemente inconexos o ampliar el campo de lo ya conocido. Por esta razón, el universo de la ficción, de las artes y de lo sensible no constituye solo una mediación necesaria con el mundo, sino que nos permite ensanchar los marcos de lo posible e inventar nuevos futuros y nuevas formas sociales.

Lo simbólico, además, es un importante elemento de regulación social y, por lo tanto, de mediación en la construcción del vínculo común. En el libro *Costumbres en común*, el historiador inglés E. P. Thompson describe de forma extensa las estrategias simbólicas o ritualizadas a las que recurrían tradicionalmente los campesinos ingleses para expresar malestares, reivindicaciones u hostilidad hacia otros miembros de la comunidad. En algunos de estos rituales se construían una suerte de efigies que podían representar a un patrón o a un funcionario al que se quería presionar para recibir mayor salario, o bien a algún hombre de la comunidad al que

se quería castigar por ser infiel o maltratar a su esposa, y lo paseaban por el pueblo en procesión para luego matarlo ritualmente. Se trataba de una puesta en escena, de una dramatización, pero no por ello dejaba de tener efectos sobre la vida real, pues las personas acusadas padecían una humillación pública notoria que, como afirma Thompson, dejaba «en la víctima un estigma duradero».⁷ Los rituales servían como elementos reguladores de la vida común, la aniquilación simbólica permitía mantener una relación real, donde la aniquilación real hubiera impedido toda relación.

Etimológicamente, la palabra *símbolo* está formada por la raíz griega *syn* (que refiere a «junto», «unido») y el término *ballein* («lanzar», «tirar»), con el significado de «lanzar conjuntamente» o «lanzar para unir». Así, en origen, el término también refería a las dos mitades de un objeto o medalla que se partía como identificación de las partes cuando se establecía un pacto o un compromiso; era algo que permitía reconocer en dos mitades separadas la prueba de un contrato, pacto o relación de amor, en espera de volver a unirse. En este sentido, todo símbolo permite establecer un puente, una conexión entre aquello que está, necesariamente, separado. Cuando no existe la posibilidad de simbolizar, cuando se inhibe la posibilidad de relacionarnos mediante relatos, desaparece la comunicación y, en la mayor parte de las ocasiones, esa desaparición suele acabar completándose a través de la violencia.

En la esfera pública actual, las lecturas literales han sustituido crecientemente al espacio de lo figurado, no queda demasiado margen para el pensamiento metafórico ni la buena comprensión de los dobles sentidos o las ambivalencias, y a menudo se juzga la ficción con los parámetros de la realidad. Cabría preguntarse si no es, precisamente, este hecho el que está produciendo la profunda polarización y crispación que manifiesta el debate público. Si bien es cierto que la ficción no es inocua y que produce realidad, es posible que sea justamente su estrechamiento lo que contribuya

aún más a los antagonismos irresolubles, pues cuando no existen mediaciones solo queda el enfrentamiento.

En este sentido es un ejemplo claro el caso del humor que, incluso cuando no resulta amable o es confrontacional o agresivo, sigue funcionando como reconocimiento del lugar de la existencia del otro. Sobre esto, contaba el filósofo Slavoj Žižek que antes de la guerra de los Balcanes, serbios, croatas, bosnios y albaneses bromeaban y hacían chistes de manera habitual sobre el resto de las etnias. Sin duda no debía ser especialmente agradable escucharlas cuando se era objeto de la mofa, pero el hecho es que en cuanto empezó la guerra dejó de haber lugar para esas bromas; la única relación posible con la alteridad era la de su aniquilación. Esa forma de reconocimiento del espacio del otro que propiciaba el humor funcionaba quizá en negativo, pero permitía existir y ser contestado. A partir de ese reconocimiento mutuo podían desplegarse las disputas que fueran necesarias, manteniéndose en el universo de lo figurado. No se trata solo de que la simbolización a través del arte pueda ser un proceso de sublimación de la violencia real —como así lo demuestran diversos estudios y trabajos de intervención artística en contextos de alta conflictividad—,⁸ sino que, también, a través de la experiencia simbólica nos hacemos partícipes de un diálogo compartido. En el universo de la ficción se construyen «espacios de representación dramática donde se pueden poner en órbita los distintos puntos de vista sobre cualquier asunto privado o público».⁹

La posibilidad de exteriorizar y dirimir los conflictos a través de este desplazamiento que genera la ficción participa de la organización de la realidad. Aunque nos separen siglos de los rituales tradicionales de mediación comunitaria de los que hablaba Thompson —si bien numerosas fiestas populares, de las que las Fallas valencianas serían un ejemplo paradigmático, cumplen en muchos casos esa misma función de quema simbólica de efigies—, seguimos teniendo la misma necesidad de encontrar maneras de poner fue-

ra de nosotros los conflictos y relacionarnos con ellos. Necesitamos poner una distancia con respecto al mundo, pero no para separarnos de este sino, precisamente, para relacionarnos con él. La experiencia artística y cultural es necesaria en nuestra relación con el mundo porque, a través de lo simbólico, establece esa distancia necesaria, nos dota de un orden compartido de la realidad, y nos permite comunicarnos y relacionarnos con los demás. Todo ello es imprescindible para poder construir una noción común de la existencia.

Comuniones

En ocasiones, se ha dicho de la cultura que es lo contrario de la política en el sentido de que reúne lo que esta divide. Según esto, la cultura —investida de homogeneización y espíritu de consenso— tendría una suerte de efecto de neutralización de toda la serie de conflictos sociales que se expresan a través de lo político.¹⁰ Si bien es cierto que las formas de aproximación estética a la historia y a sus conflictos pueden, como efecto colateral, acabar transformando los acontecimientos en meras imágenes indistintas e intercambiables que podrían mostrarse tanto en una exposición como en un cartel publicitario o en una camiseta, tampoco es menos cierto que, a su vez, esas mismas imágenes activan operaciones de identificación, reconocimiento y memoria que se incardinan en procesos contemporáneos de transformación. Como plantearé a continuación, cultura y política no solo no son contrarias, sino que, más aún, la cultura abre la posibilidad de construir espacios de politización allí donde la política no llega.

Eric Klinenberg, sociólogo estadounidense, habla en su libro *Palacios del pueblo* de su investigación sobre los efectos de la ola de calor que padeció Chicago en julio de 1995. Fue una ola extremadamente severa que acabó con un exceso de

mortalidad de 739 personas, por delante del huracán Sandy, que fue uno de los huracanes más mortíferos en la historia de Estados Unidos.¹¹ Los barrios más pobres, en los que se concentraba población afroamericana y latina, acusaron los mayores índices de mortalidad, claro ejemplo de cómo la segregación y la desigualdad inciden directamente en la esperanza de vida. Sin embargo, Klinenberg destaca una diferencia curiosa entre dos barrios: Englewood y Auburn Gresham. Los dos tenían altas tasas de violencia, pobreza y desempleo y un porcentaje similar de población en edad avanzada; no obstante, en Englewood se registraron 33 muertes por cada 100.000 residentes y, en Auburn Gresham, tres muertes por cada 100.000, menos incluso que en los barrios más ricos de la ciudad. Klinenberg sostiene que la diferencia venía marcada por la existencia de lo que denomina «infraestructuras sociales», es decir, tanto espacios físicos como organizaciones que articulan y densifican los vínculos sociales.¹² En Auburn Gresham existían parques, bibliotecas, asociaciones vecinales, barberías y grupos eclesiásticos donde los vecinos y las vecinas se encontraban cotidianamente. Conversaban, compartían espacios de encuentro y disfrute y se preocupaban por sus pares. Algo que en situaciones ordinarias sirve para profundizar el vínculo social, y en extraordinarias puede llegar a salvar vidas.

Vivimos en sociedades fragmentadas, indolentes y ensimismadas, empapadas por una lógica del individualismo que una vez se nos vendió como promesa de éxito, y que hoy nos aísla y entristece. Necesitamos vínculos, necesitamos tejido y necesitamos comunidad. Las infraestructuras sociales son todos esos espacios cotidianos que fortalecen nuestra relación con los demás, que nos obligan a convivir con lo que es distinto, reducen la indiferencia y crean comunidad. Todas esas infraestructuras articulan lo que Ismael Blanco y Ricard Gomà han llamado la «agenda de fraternidad», es decir, un conjunto de actuaciones públicas y prácticas sociales que fomentan la interrelación y la mixtura social en la

vida cotidiana:¹³ son espacios donde nos juntamos, estamos con gente distinta y disfrutamos para construir fraternidad en lo cotidiano. Donde, como dice Klinenberg, se forjan vínculos no porque la gente llegue a ellos con la intención explícita de construir una comunidad, sino porque es inevitable que se establezcan relaciones cuando existen contextos en los que tratarse de modo recurrente y, sobre todo, en los que realizar actividades con las que se disfruta.¹⁴ Construir espacios —no necesariamente físicos— donde se puede reunir gente de todo tipo es una de las mejores maneras de reparar las fracturadas sociedades en las que hoy vivimos. En este contexto, la cultura desempeña un papel fundamental.

El hacer político no tiene que ver con otra cosa que hacerse cargo de los asuntos comunes, y, hoy en día, la cultura puede abrir para ello espacios mucho más transversales que el ámbito de lo que por tradición se define como estrictamente político. En lo inmediato, la cultura nos conecta con los demás de formas tan diversas como variadas son sus manifestaciones: podemos ponernos en la piel de otras personas a través de sus relatos, cantar al unísono en un concierto o en un coro, compartir la atención y la emoción en una sala de cine o teatro, formar parte de una banda de música o participar de un videojuego colaborativo. Todas estas experiencias, en sus distintos grados, ponen en juego la existencia de los demás y nos revelan como parte de un contexto más amplio que el inmediato y limitado de la vivencia propia. Por poner solo un ejemplo de los múltiples que existen, los resultados de un estudio llevado a cabo por David Comer Kidd y Emanuele Castano en 2013 indicaron que leer ficción literaria mejora temporalmente la «teoría de la mente». Esta se refiere a nuestra comprensión cotidiana de lo que otra persona está pensando o sintiendo.¹⁵ Esto ya resulta enriquecedor por sí mismo, pero, además, este inicial reconocimiento del otro es el que permite que surjan las relaciones de empatía y cooperación necesarias para articular distintas formas de vida en comunidad.

Cualquiera de los ejemplos recién mencionados tiene que ver con «hacer con los demás», con disfrutar de la experiencia de las vivencias colectivas, circunstancia que, aparte de aportarnos un cierto grado de bienestar, también nos capacita para convivir. A través de este tipo de actividades y prácticas culturales se producen contextos para la experiencia de vivir juntos; hoy, la multiplicación de esos espacios de convivencia es, sin duda, de una importancia crucial. Ante la recurrente afirmación de que la salida de las crisis contemporáneas pasa por la construcción de mayores vínculos comunitarios, debemos reclamar la cultura como un campo idóneo para ello. Fomentar las prácticas y experiencias culturales es una estrategia para reconocernos y volver a vincularnos, así como para tramar unas relaciones sociales que están rotas. Aquí reside, entre otras cosas, la enorme potencia política de la cultura.

Otra de las características que dota a la cultura de gran potencia política, y que también tiene que ver directamente con esa idoneidad en la construcción de vínculo social, es su inigualable capacidad para poner a personas muy diferentes a hacer cosas juntas. A través de la cultura, las personas se reúnen no por lo que son, sino por lo que quieren hacer, por la afinidad de sus aficiones, sus gustos o sus inquietudes. La cultura abre el espacio para una experiencia de lo común enmarcada en contextos de identidades menos inamovibles y jerarquías más flexibles, posibilita el encuentro entre personas llegadas de distintos ámbitos, que probablemente ni se conozcan, pero con un interés común que les permite, a partir de los afectos y conflictos que se despliegan en su dedicación a este interés, aprender a construir significados colectivos, a autorregularse, a autogestionarse y a vivir en comunidad. Esto hace que los contextos culturales sean lugares privilegiados para la experimentación democrática. Si, como decía antes, lo político tiene que ver, básicamente, con ese hacerse cargo de los asuntos comunes, está claro que allí donde se despliegan espacios

para realizar ese ejercicio se constituyen lugares de politización. Y, en innumerables ocasiones, son los ámbitos que se consideran menos «politizados» en términos formales los que ofrecen más oportunidades para ello.

La política es hoy —si es que alguna vez fue distinto— un ámbito en el que las identidades y las posiciones ideológicas suelen estar previa y sólidamente definidas, circunstancia que a menudo dificulta la escucha y la conversación entre los que son diferentes. Habitualmente, en política lo que se busca no es tanto propiciar encuentros como avanzar posiciones, y, así, el diálogo se transforma más veces en una disputa de sentidos que en un encuentro de realidades complejas y poliédricas. En y con la cultura, existe la posibilidad de, como señalaba Klinenberg, «gestionar diariamente las diferencias»,¹⁶ y poner a dialogar posiciones que, en apariencia, jamás habrían permitido de entrada el encuentro. Precisamente en ese encuentro es donde surge la posibilidad, primero, de una conversación —claro está que no exenta de fricciones y conflictos— y, a continuación, de una negociación. Participar en la vida cultural —ya sea bailando en el parque, haciendo música, asistiendo a un club de lectura, programando un festival, o participando en el diseño y organización de las fiestas del barrio— tiene que ver con hacer cosas con los demás, convivir con innumerables diferencias, negociar decisiones y resolver conflictos; es decir, con ejercitar en el día a día la participación democrática.

Si la cultura reúne lo que la política divide, bienvenida sea esa reunión. Como vemos, no se trata, pues, de que la cultura sea lo contrario de lo político, sino de que, en cierto sentido, al carecer a menudo de una vindicación o un carácter expresamente políticos, las actividades y experiencias culturales pueden llegar a ser contextos de enorme politización. A menudo, cuando más se hace política es precisamente cuando no se está hablando de política.

Además, la experiencia cultural permite afrontar la importante tarea de construir marcos de percepción que facili-

ten neutralizar las pasiones tristes y poner en el centro el placer, el disfrute y la alegría compartida. De esa alegría decía Nietzsche que nace el instinto social¹⁷ o lo que, con un lenguaje más universal, la cantante Rigoberta Bandini definió como «una historia de amor con mayúsculas». ¹⁸ A lo largo de la historia, el arte y la cultura se han empleado para imponer consensos y neutralizar conflictos, pero también han servido como espacios de agencia, de encuentro y de autoorganización. Parte de la importancia crucial de las políticas culturales es que promueven un tipo u otro de relaciones con el mundo que nos rodea. Como ha afirmado Terry Eagleton, las políticas culturales pueden «restaurar el valor de lo público y de lo común»¹⁹ o, en palabras de Víctor Vich, contribuir a construir comunidades «con mejores vínculos humanos, donde seamos más justos ante los demás y más críticos con nosotros mismos». ²⁰ Políticas, como decía Didier Eribon, que permitan neutralizar lo máximo posible las pasiones negativas que existen en la sociedad. ²¹

Si la democracia es indisociable del conflicto, en tanto que tiene que ver con esa posibilidad siempre abierta de construir colectivamente los asuntos comunes, la cultura y las políticas culturales permiten ensanchar y ampliar ese campo de discusión y construcción de lo común, e incorporar a más personas en él. «Solo hay democracia con la ampliación continua de la ciudadanía», ha afirmado Marilena Chaui,²² y la cultura es uno de los campos que posibilita hacer palanca para dicha ampliación. Este hecho es, precisamente, el que dota a las políticas culturales de su pertinencia en la construcción de la esfera pública y la reconstrucción de nuevos vínculos sociales. Se trata, en definitiva, de hacer una política social de la cultura, pero no obligando a la cultura a hablar de temáticas sociales, sino haciendo que forme parte de aquello con lo que fortalecemos el vínculo y la trama social.

Por tanto, la cultura y las políticas culturales son una suerte de caballo de Troya para cualquier proyecto de transformación y politización. No tanto porque permitan transmitir

e inocular determinados mensajes, consignas o eslóganes, sino porque promueven y ponen en juego una articulación social basada en el diálogo, la convivencia, la cooperación y la comunidad. El filósofo Jacques Rancière decía que lo que hace que el arte sea político no son los mensajes y sentimientos que este pueda transmitir, ni tampoco las formas en las que representa las estructuras de la sociedad, sino el hecho de que opera una distribución del espacio material y simbólico.²³ Es decir, despliega un reparto de la enunciación, la creación de significados y la articulación de las relaciones sociales. A través de la cultura se densifican las relaciones sociales y se puede favorecer la autoorganización. Lo que las políticas culturales ponen en juego, pues, son experiencias en las que la construcción de la ciudadanía y lo común están en el centro.

Evidentemente, nada garantiza de antemano que ese proceso de construcción desemboque de manera automática en formas de ciudadanía y de comunidad benéficas, empáticas y humanitarias, pues también puede acabar produciendo lo contrario, una forma de ciudadanía contumaz y sin capacidad de diálogo y comunidades excluyentes y autoritarias. Todo eso depende asimismo del tipo de políticas culturales que se diseñen y pongan en marcha, y por ello es tan importante insistir en que son un asunto de interés común que atraviesa todas nuestras vidas.

EL ODIIO A LA CULTURA

Para que la cultura y las políticas culturales puedan llegar a desplegar toda su capacidad para la apertura tanto de imaginarios como de comunidades más benéficas, tendrían que contar con una legitimidad y una relevancia social de las que hoy, lamentablemente, carecen. Abordar la problemática de esta falta de relevancia social es una de las tareas que debemos acometer con más urgencia.

En el orden de prioridades de las políticas públicas, la cultura suele tener una consideración secundaria, como algo prescindible, cuando no totalmente superfluo o un lujo accesorio. Por lo general, atender las necesidades de la cultura se coloca siempre después de todas las cosas que son «de verdad» importantes. Durante los años de la pandemia de la COVID-19 hemos podido ver innumerables ejemplos de ello en casi todos los países, pero especialmente significativas resultaron las palabras y la actitud del que entonces fuera ministro de Cultura del Gobierno español, José Manuel Rodríguez Uribes, quien, ante la exigencia de que su ministerio tomara alguna medida de apoyo a la cultura durante el obligatorio confinamiento, respondió diciendo que «primero va la vida y luego el cine».²⁴ El lamento por la falta de relevancia política de la cultura es algo común a todos los países, aunque en cada uno adquiera tonos distintos.

Esta relegación a lo secundario de la cultura en su relación con la política tiene una manifestación paradójica a la hora de realzar el perfil personal de los candidatos o cargos de un partido. Es casi el único momento en el que, en la política de partido, la cultura adquiere de pronto cierto relumbrón. Siempre que se pretende indagar en la forma de ser de una persona que se dedica a la política, entre las preguntas referidas a su intimidad no faltan las de temática cultural: cuál es el último libro que ha leído, cuál es su película o canción favorita, cuándo fue la última vez que asistió a un concierto. Evidentemente, no se espera que, ante esas preguntas, la persona entrevistada conteste simplemente que no le interesa nada, ni leer, ni escuchar música, ni ir al cine. Lo que se espera es que, a través de la expresión singular de sus gustos —expresión que, probablemente, estará bien medida y calibrada por sus equipos de comunicación—, nos dé a conocer algunos rasgos de su personalidad. De su personalidad y, también, del espíritu de su proyecto político, porque según el elector al que se desee interpelar en las res-

puestas se elegirán obras más clásicas, más contemporáneas, de gusto más distinguido, *cool* o popular.

Este es un tratamiento únicamente instrumental de la cultura que contrasta con la total desatención a la que se ve sometida como objeto de las políticas públicas. En España, en periodo de elecciones, es habitual escuchar el lamento de quienes se dedican a la cultura porque los debates electorales no destinan jamás ni un solo segundo a plantear preguntas relacionadas con la política cultural. Tampoco suele ocupar un lugar prioritario en la agenda de los Gobiernos, ni en los presupuestos, y los criterios que se tienen en cuenta en la designación de los responsables de materias culturales son bien distintos de los de competencia y experiencia que rigen en el ámbito de las políticas «serias» como Trabajo, Hacienda o Seguridad Social. Por el contrario, la responsabilidad sobre la cultura suele acabar asignándose a cuadros de partido, con el objetivo de dar continuidad a su carrera política, o a perfiles estelares independientes que quizá tengan pocos conocimientos de gestión pero que darán brillo a la foto del Gobierno.²⁵ Que la cultura sea contemplada como un asunto menor no impide que la política haga uso de ella por su relumbrón. Queda bien como aderezo, pero no se concibe como objeto específico de política pública. No es infrecuente que las principales acciones en cultura se midan en términos de visibilidad —grandes eventos, inauguraciones, actuaciones de las que se pueda sacar una noticia—, y que mucho menos a menudo se desarrollen políticas estructurales que tengan como objeto la garantía de la buena salud del ecosistema cultural o de los derechos culturales.

Esta desatención se explica, en cierto sentido, porque la política es un ámbito muy marcado por los beneficios electorales que se pueden obtener en el corto plazo, y el bienestar cultural de las personas ni puede medirse tan claramente, ni se manifiesta de modo instantáneo. Esto hace que la cultura sea algo que apenas define el voto ni siquiera entre

las personas más implicadas directamente en ella. Tampoco ayuda el escaso eco que los asuntos culturales suelen tener en los medios de comunicación donde por lo general los programas específicos se ven relegados a franjas horarias con poco público e, incluso, en clave de agenda semanal, lo que a su vez refuerza esa postergación en las prioridades de las acciones de gobierno.

Un problema añadido es la segmentación y departamentalización del trabajo político. Esto provoca que se pierdan numerosas oportunidades de conectar la cultura con otras áreas de interés público con las que, como se verá en los siguientes capítulos, está intrínsecamente relacionada. Y, por último, una circunstancia no menor es que quienes ocupan puestos políticos no tienen ningún problema de acceso a muy diversas manifestaciones culturales de todo tipo y, por ello, no suelen ser conscientes del privilegio que supone ni sensibles a la problemática general del acceso a la cultura.

El pintor estadounidense Barnett Newman decía que la escultura es eso con lo que te tropiezas cuando das un paso atrás para contemplar un cuadro. Con la cultura, en relación con el resto de las materias de gobierno, pasa algo similar. Lo cierto es que a menudo la política no sabe muy bien qué hacer con la cultura, ni entiende cuál es el objeto de una política cultural, a medio camino entre una política social y una política económica. Cuando no se sabe muy bien dónde colocarla suele acabar acoplada unas veces a educación, otras veces al turismo y, en general, relegada a un cajón de sastre junto con las políticas de juventud, deporte o universidad.

Se ha afirmado a menudo que la cultura es de izquierdas y, si bien la tradición histórica en la que buena parte de los profesionales y creadores culturales se han alineado con posiciones progresistas es evidente y visible, lo cierto es que tampoco en los partidos de izquierdas los asuntos de la cultura han encontrado mayor apoyo que en los de derechas. La cultura suele ocupar un espacio igualmente marginal en

los proyectos de izquierda o entendidos como progresistas. Así lo señala por ejemplo la filósofa brasileña Marilena Chaui, en su libro *Ciudadanía cultural*, en el que no tiene reparos en explicar que los dirigentes del Partido de los Trabajadores en Brasil solo concebían la cultura como una forma de espectáculo o entretenimiento vinculado al tiempo libre, como un saber de especialistas o como un instrumento de agitación cultural para producir un despertar de conciencia en las masas.²⁶ Chaui les acusaba de adherirse a una noción instrumental de la cultura y menospreciar la capacidad y potencia del arte y la cultura para construir ciudadanía, cosa que, en realidad, se podría aplicar a las izquierdas de casi cualquier tiempo y lugar.

En las concepciones de la denominada «izquierda clásica», la cultura sigue constituyendo un bien secundario cuya atención y garantía presenta menos urgencia que las necesidades en materia de educación, salud o vivienda (aun cuando está ampliamente demostrado el papel fundamental que desempeña el capital cultural en las condiciones de acceso a las mejoras materiales y en el ejercicio de aquellos derechos que se consideran prioritarios). Por su parte, para lo que se ha venido a denominar «izquierda posmoderna» o «culturalista», aunque en su proyecto de emancipación el campo de lo cultural sí ocupa un lugar central, lo hace más en términos de una proclamación discursiva de su valor, pero con poca atención a las estrategias materiales que lo posibilitan; es decir, tampoco tienen aquí apenas desarrollo las políticas culturales. En ambos casos, el resultado final es que en muy pocas ocasiones ha tenido la izquierda un discurso o un proyecto claro sobre política cultural ni sobre lo que significa la acción pública en cultura.

Esto quizá se deba a que la izquierda ha interiorizado en cierto modo la concepción capitalista de la cultura como objeto de consumo y, como consecuencia, se ha olvidado de que la cultura tiene que ver con muchas otras esferas de la vida y que hacer política cultural trata, precisamente, de in-

tervenir en ellas. Esta ausencia deja comprometidas las posibilidades de éxito de cualquier propuesta de transformación social pero, además, deja libre el campo para que la derecha pueda desplegar, como venimos observando en la última década, un proyecto de política cultural centrado en la consolidación de imaginarios identitarios y autorreferenciales, o en el encubrimiento de políticas caducas o antisociales con un manto de aperturismo y modernidad.

Mientras la izquierda se niegue a aceptar una aproximación no instrumental de la cultura —o deje de asumir por inercia su abordaje como ocio y espectáculo—, mientras no sepa qué hacer con ella, mientras no despliegue una reflexión profunda sobre la contribución de las políticas culturales y no las entienda como un campo de acción política, seguirá desaprovechando toda su potencia.

Quizá sea aún más preocupante el divorcio que, desde hace demasiado tiempo, se manifiesta entre la sociedad y la cultura.²⁷ A pesar de que, como exponía al principio de este capítulo, la cultura comparte con otros movimientos sociales transversales como el ecologismo o el feminismo la capacidad de transformar nuestra vida cotidiana desde sus mismos cimientos y determina nuestros modos de vida, entre la población existe una sensación de ajenidad general con respecto al estado de salud de la cultura, y cunde la percepción de que las políticas culturales no son algo que tenga que ver con la gente corriente. Ya sea por causa de una idealización de lo cultural que provoca que el ámbito se atribuya en exclusiva a competencia de especialistas, o, por todo lo contrario, su conceptualización como mero producto de consumo, la realidad es que la población general ha terminado asumiendo que las cosas de la cultura solo afectan a y tienen que ver con «los de la cultura».

Los movimientos sociales de las mareas ciudadanas en defensa de los servicios públicos que se produjeron en el Estado español en torno a 2011-2012 ofrecen un claro ejemplo de ello. Tanto la marea blanca para defender la sanidad

como la marea verde contra los recortes en la educación estaban integradas e impulsadas por sus correspondientes comunidades de profesionales, usuarios y familiares, unidos por la defensa de un derecho y de un bien común. Los recortes que se experimentaron en el ámbito de la cultura fueron igual de salvajes, pero sus movilizaciones las nutrieron y se hicieron eco de ellas casi en exclusiva los profesionales del sector, apenas hubo presencia de ciudadanos que defendieran su derecho a la cultura.

Es cierto que cuando se pregunta a la gente por la importancia que tiene la cultura en la sociedad el porcentaje que afirma que la cultura es muy necesaria resulta muy elevado. Sin embargo, si lo que se pregunta es cuánto afectaría a su vida que la biblioteca o el centro cívico de su barrio cerrara, las respuestas dibujan un paisaje distinto.²⁸ Es como si existiera una disociación entre lo que pensamos que «debe» importarnos la cultura y lo que realmente consideramos que esta interviene en nuestra propia vida, como si la cultura fuera fundamental como valor abstracto, pero no tuviera tanto que ver con lo que nos sucede en el día a día. Hay algo en esta percepción que no puede extrañarnos, pues las políticas culturales nunca se han hecho pensando especialmente en la gente. La falta de relevancia social de la cultura es en buena parte consecuencia de la acción de unas políticas culturales públicas que llevan décadas separando la cultura de la vida cotidiana, encerrándola en un sector para especialistas y minusvalorando su naturaleza como derecho y bien común. Como dijo en una ocasión el escritor Sergio C. Fanjul, el problema es que la cultura se ha concebido «como un lujo para las élites, como una forma vacua de distinción, como un acceso al gafapastismo y no como una forma de construcción del individuo o de creación de comunidad».²⁹ Así, el sentimiento es recíproco: si la población general siente que las políticas culturales no están dirigidas a ella ni tienen impacto en su día a día es, en cierta medida, lógico porque las políticas culturales apenas se han preocupado por la gente.